

PADRE en la obediencia



Llegado el mes de mayo, el mes de las flores, el mes de María, nos vamos a acordar especialmente de aquellas comunidades y todas las personas que forman parte de la iglesia hispanoamericana y las misiones en la Amazonía, a las que el papa Francisco dedicó la **Exhortación Apostólica Postsinodal Querida Amazonía** (febrero del 2020) donde a través de sus cuatro capítulos, el Santo Padre manifiesta cuatro de sus sueños para la región hispanoamericana: el social, cultural, ecológico y eclesial.

Para ello, nos vamos a servir de una obra excepcional, cuya procedencia es, precisamente, americana. Nos referimos a un cuadro que representa el **“Sueño y arrepentimiento de José”**, realizada con la técnica del **enconchado**, característica del Virreinato de Nueva España desde el siglo XVII y que se conserva en el Museo de América, de Madrid.

Se trata de una obra anónima, del siglo XVIII, que forma parte de una serie compuesta por seis episodios dedicados a la Vida de la Virgen. En este cuadro aparecen dos escenas: a un lado, encontramos a **José dormido** y apoyado en una roca, debajo de un árbol, mientras un ángel parece hablarle. Y en la parte central, encontramos en el interior de una estancia a **José arrodillado**, en actitud de arrepentimiento frente a María, de pie y con la mano en el pecho. Al fondo, se puede observar el taller con las herramientas necesarias para el oficio de José.




IMAGEN:

“Sueño y arrepentimiento de José”, Anónimo. Museo de América (Madrid).

TEXTO:

Margarita Yustres. Lcda. en Humanidades. Máster en Museología.

 @margayus

Esta técnica, de clara **influencia oriental**, es la mayor prueba del gusto novohispano por las **lacas namban**, de las que tomaron el nácar y la ornamentación. Los **enconchados** fueron lo suficientemente apreciados por la sociedad del virreinato como para ser enviados a España. De ahí, los numerosos encargos, fundamentalmente para cuadros y biombos, desde finales del siglo XVII y durante el XVIII.

‘Belén de Salzillo o de Riquelme’,
Salzillo, s.XVIII. Museo Salzillo (Murcia).



San José durmiendo. Anónimo,
s.XVIII, Quito. Museo de América
(Madrid).

La técnica se aplica sobre un soporte de madera forrado de tela de lino, al que se añade una preparación compuesta principalmente por yeso. En ella se hace el boceto. Después, con cola animal, se aplican los **fragmentos de nácar** y, posteriormente, se cubre con la capa pictórica.

Los cuadros conservan los marcos de época y están decorados con motivos de flores y de aves, utilizando la misma técnica.

‘**El sueño de José**’ fue un tema muy recurrente durante el Barroco, como se observan en las similitudes de las diferentes imágenes, tanto en el arte europeo como en el virreinal. Posiblemente, esto se deba a la relevancia que tomó la figura del santo a partir de la **Contrarreforma** y el protagonismo otorgado por la fundadora de las **Carmelitas Descalzas**. Sin embargo, es poco frecuente encontrar esta imagen en nuestra época.

Desde hace unos años, es conocida la devoción del **Papa Francisco** a una imagen similar: *“Yo quiero mucho a San José. Porque es un hombre fuerte y de silencio. Y tengo, en mi escritorio, una imagen de San José durmiendo. Y durmiendo cuida a la Iglesia. Sí, puede hacerlo. Nosotros no. Y cuando tengo un problema, una dificultad, yo escribo un papelito y lo pongo debajo de San José para que lo sueñe. Esto significa, para que rece por ese problema”*. Es otro de los motivos por los que hemos seleccionado esta escena, ya que por esta vía, podemos conocer la voluntad de Dios.

Dice el Papa:

“Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad”

Y es que ese sueño, no es el hecho de dormir en sí y soñar, sino más bien una actitud de **interiorizar aquello que me viene de Dios** en la oración. José, que era un hombre de fe y de profunda oración, escuchaba al Señor en los momentos de soledad, recogimiento y escucha. Por lo que podríamos decir que es una actitud que, hoy en día, debemos poner en práctica para conocer qué quiere Dios de nosotros, a pesar del ruido que nos rodea y, a veces, confunde.

Esto, incluso, nos recuerda al primer libro de **Samuel**, al que el Señor le llama hasta tres veces durante la noche: *“Habla Señor, que tu siervo escucha”*. Tratar de llevar una vida interior, de contemplación y silencio. Debemos estar atentos a los signos de Dios.

Verdaderamente, cuando estamos en disposición de escucha, cuando nuestro corazón desea oír **Su voluntad**, el Señor responde. Pero antes, debemos querer con todas nuestras fuerzas y debemos tener fe, creer de verdad. José lo hizo, obediente siempre, aunque no entendiera nada. Nos cuenta el evangelio, que José tuvo cuatro sueños, en los que se le manifestaba un ángel con un mensaje claro. **Leemos en Patris Corde:**



“...En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo.» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño, el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

“ En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

¿Qué aprendemos de esto?

Fundamentalmente, para la sociedad actual en la que vivimos, y a la que tanto trabajo le cuesta vivir la Obediencia, el acatar unas normas o unos principios que a su vez, conllevan una serie de actitudes, nos enseña que para escuchar a Dios son necesarias dos virtudes: **la confianza y la paciencia**.

Debemos **confiar en el amor que Dios nos tiene**, que cada circunstancia que nos toca vivir está dentro de los planes de Dios. A Él no se le escapan los detalles, porque ya sabe de antemano cómo es el hombre y la **libertad** con la que le ha creado. Con la **obediencia**, seremos más libres si cabe, pues sabemos que no somos nosotros, sino Él quien lleva las riendas y debemos dejarnos hacer. De este modo superaremos nuestras dudas, nuestros miedos, nuestra incapacidad... Dejarnos hacer por Él.

A veces, las situaciones pueden ser complicadas, difíciles de aceptar, no entendemos por y para qué suceden. Pero, por imposible que parezca, Él siempre sabe más. Así José, nuestro modelo en la obediencia, no se cuestionó en ningún momento —como podemos ver en los cuatro sueños— lo que se le pedía. Simplemente aceptaba y seguía hacia delante.

Puede ser que, en algún momento, nos vengamos abajo y entremos en la tristeza y la desesperación, pero esto nos puede llevar a error. Debemos ser fuertes y, sobre todo, pacientes. **Saber esperar** entra dentro del modo de actuar del Señor. **“Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor”**... así dice el Salmo 26. El Señor no nos abandona nunca.

Al final de cada etapa de nuestra vida, por decirlo de alguna forma, podemos comprobar cómo el Señor, a su modo, nos ha ido guiando y cómo todo lo acontecido tiene un sentido sobrenatural —evidentemente, debemos verlo con los ojos de Dios—. Así, se va escribiendo la historia de cada uno de nosotros. Lo vemos en la vida de José. **Seguimos leyendo al papa:**

“ El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. Lc 2,1-7).

No se trata de vanas casualidades. Jesús tenía que nacer en **Belén** y para ello el Señor piensa en José, para empadronarse en su ciudad de origen. Hay una frase que dice: **“La casualidad es el disfraz que utiliza Dios para mantener el anonimato”**. Así son la mayoría de las veces, cuando nos encontramos con situaciones que sólo pueden ser de Dios. Situaciones que responden al “estilo” de Dios.

Continúa el texto:

“ San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24). En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní. José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. Jn 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (Flp 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Como vemos, tanto José como María, eran dos jóvenes buenos, piadosos y coherentes con su fe. Tal era su entrega a Dios que lo vivieron plenamente confiados en la voluntad de Dios, **comprometidos con las exigencias**, que en algún momento pueden aparecer en nuestra vida. Porque si algo no podemos olvidar, es que la vida de un cristiano, también pasa por la cruz (así nos lo recuerda Jesús en el evangelio: *"No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra."* (Jn 15, 18-21). Por tanto, **aceptar la cruz** o aceptar las dificultades, aceptar lo bueno y lo agradable, todo ello pasa por la obediencia.

Llegados a este punto, se hace necesario destacar la importancia de la **humildad**. La persona que es humilde, dócil, le es mucho más fácil obedecer. Por eso José, no tuvo problemas para aceptar lo que el Señor esperaba de él. Un hombre sencillo, trabajador, que no dudó en arrepentirse de aquel pensamiento de repudiar a María. Saber reconocer nuestras equivocaciones e intentar no hacer las cosas por nuestra cuenta, sin antes hablarlo con el Señor en la oración. **Esto es obediencia activa, eficaz, íntegra.**

Pidamos a San José, nuestro padre en la obediencia, que nos ayude a ser pacientes y confiados ante la adversidad, la oscuridad, que sigamos Sus planes y no desesperemos. Pues, de esta forma, cumpliremos los planes que Dios tiene para nosotros. Cumplir con obediencia sin buscar privilegios, ni intereses personales. Sólo Su voluntad.

Finaliza la Carta Apostólica:



“**Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”».**